

TODOS LLEVAN MÁSCARA

DIARIO 1995-1996

LAURA FREIXAS



Un ojo de cerradura a la vida íntima de una mujer, con su grandeza y sus flaquezas, que nos descubre el día a día de una creadora. El potente diario de una escritora, cuya vida puede leerse casi como una novela.

El volumen anterior de los diarios de Laura Freixas (*Una vida subterránea. Diario 1991-1994*) nos mostraba a una joven escritora que trataba de «sacar adelante» su primera novela, su deseo de tener hijos y su matrimonio. Esta nueva entrega, centrada en los dos años siguientes (1995 y 1996), profundiza en una vida que va dejando atrás, poco a poco, la juventud para entrar en la madurez (también literaria).

En esta nueva etapa, mientras corrige su primera novela, busca una editorial que quiera publicarla y empieza la segunda, Laura Freixas descubre la felicidad de ser madre pero también el precio que pagar por ello; se adentra en la vida literaria, en la que todos, incluida ella misma, llevan máscara; se abre camino como crítica, traductora y antóloga, y percibe con asombro indicios de machismo en la cultura. También aparecen, en estas páginas, estampas de Madrid, excursiones en bicicleta por Castilla, sesiones de psicoanálisis... y para un ojo atento, algunas fisuras, casi imperceptibles todavía, en la felicidad conyugal.

Una mujer siempre es mucho más que una sola cosa. Durante las dos últimas décadas se han ido publicando numerosos diarios de escritores españoles, pero muy pocos firmados por escritoras. Y menos aún por una escritora con tanto que decir como Laura Freixas, experta, además, en esa suerte de historia oculta de la literatura universal: la femenina.

Caras y caretas, interiores y exteriores, es éste un libro que, si no aparecieran los nombres de algunos de sus co-

nocidos coetáneos, podría leerse, según el tópico, «como una novela». Pura vida. Pasión y desconcierto, miedo y ternura, inteligencia y fragilidad. ¿No decíamos antes que una mujer siempre es mucho más?

1995

MADRID, JUEVES 12 DE ENERO

Hace unos días me desperté triste. Quizás por la marcha de Loli [la asistenta]: se fue con lágrimas en los ojos, y me sentí desalmada... Había decidido dedicar el día a escribir y eso hice. Y el resultado fue imprevisto: esa tristeza se contagió al texto, y me permitió dar con algo que llevaba meses buscando: el «tono» de las cartas de Teo [personaje de mi novela *Último domingo en Londres*], cartas cuyo contenido estaba perfectamente claro desde hacía meses, pero... qué difícil, y qué indefinible, es el tono.

De todos modos, Teo me sigue pareciendo el personaje más plano, y no creo que llegue a ser convincente. Bueno, quizás convincente sí, pero limitado. Emocionalmente, no consigo ponerme en la piel de un chico joven, guapo, heterosexual. Supongo que estoy, para ello, demasiado «del otro lado»... del deseo: le deseo demasiado para olvidar mi deseo y ponerme en su lugar; lo que uno desea siempre tiene un misterio: de otro modo el deseo se evaporaría, me imagino.

Mamá en París (a Wendy, mientras yo leía): «Anda, deja leer a tu madre, que si no se muere, igual que tu abuela».

La amiga de la canguro, por teléfono: «¿Tú eres la madre de Wendy?». Y me encantó la definición.

Julia, cuando en la fiesta de Alfaguara, Ramón Buenaventura le presentó al último fichaje, un chico de diecinueve

años: «Ha escrito una novela», y ella saltó: «¿Con qué?». (El chico, a la defensiva: «También está la imaginación»).

Fui con Margarita al teatro (*Carcajada salvaje*; muy superficial; y estoy harta de que me hablen de Central Park y John Lennon y me presenten personajes á la Woody Allen) y estaba *Rosalía*^[1]. Tal como me parecía, es lesbiana: vive con una tal *Luisa*. Parecen contentas. *Luisa* agradable, reservada. Está corrigiendo una novela, que le publicará Tusquets: Beatriz de Moura la llamó y se la contrató, sin leerla, sólo porque había leído la anterior (primera y única hasta ahora que ha publicado). Insólito. Hace años me habría puesto verde de envidia; ahora me da igual. Aparte de eso no trabaja; supongo que *Rosalía* la mantiene.

He empezado la nueva novela [Entre *amigas*], para la que tenía ya algún apunte. Me parece –qué inmenso alivio– que me va a ser más fácil que la anterior –bueno, la actual–. Que voy a tener problemas técnicos, pero no psicológicos. Quizás me precipito. Digamos que veo cuáles serán o son los problemas, y sé que puedo resolverlos; mientras que la otra la empecé a ciegas, a tientas, sin la menor idea de en qué consistía escribir una novela. Problemas psicológicos también los tendré, seguro. Por ejemplo, ya empiezo a imaginar la depresión de esta primavera-verano-otoño: novela acabada –depresión–; novela sin editor –superdepresión–; profesionalmente, ningún avance espectacular; vieja sensación de que ni soy editora o traductora, ni tampoco escritora; etc. Pero por el momento sí puedo decir que escribir esta nueva novela me angustia, me deprime, menos que cuando estaba escribiendo la otra (y hablo en pasado porque ahora, más que escribir, completo, y después corregiré, pero la fase en que se bordea la inexistencia queda atrás).

JUEVES 19 DE ENERO

Lo que más me gustaría ahora mismo sería vivir en una buhardilla, pobre como una rata, y dedicarme a escribir. Pero teniendo marido, despreocuparme del dinero no significa pobreza, sino egoísmo. Y supone además caer en la situación tópica de la esposa mantenida. ¿Por qué, exactamente, no puedo soportar esa idea?... Sospecho que los mismos que me lo aconsejan serían los primeros en despreciarme si lo hiciera. Pero, sobre todo, yo misma no me respetaría.

Vaya... ¿quiere decir eso que acepto el *sancta sanctorum* de esta sociedad: la ecuación *valor igual aprecio*? Si lo que hago no se paga es que no vale, y, entonces, es lo mismo escribir una novela y hacer feliz a un bebé que pasarse el día, como aquella inolvidable vecina que tenía en el barrio de Arturo Soria, tumbada junto a la piscina, un rato boca arriba, un rato boca abajo –sin bañarse jamás–, hojeando revistas de moda, fumando, charlando por el teléfono inalámbrico, y siempre –eso era lo que más me asombraba– descontenta, malhumorada y quejándose de todo.

Pensándolo mejor, se me ocurre otro motivo, y es que en la mentalidad que he heredado –es decir, en la burguesía catalana que he conocido–, el que gana el dinero es el único que tiene ciertos derechos: derecho a mandar; derecho a ser escuchado porque uno (los demás, no) tiene problemas *de verdad*; derecho a pasarlo bien (¡aquellos domingos de mi infancia: mamá, Francesc y yo apretujados sobre una manta en la hierba del campo de aviación, de las diez de la mañana a las cinco de la tarde, sin un café, sin siquiera un lavabo, sin poder dar un paso porque era peligroso, mientras papá, divertidísimo, corretea-

ba empujando avionetas...!); y, por supuesto, derecho a pasarse por el forro la fidelidad conyugal.

Y ahí ya sí que no. Estas confusiones –dinero igual a derechos– son monstruosas. Queda la solidaridad. Por eso no me dedicaré únicamente a escribir. Pero si es por eso, ya es otra cosa.

1 DE FEBRERO

Últimamente soy bastante feliz. El «bastante» procede de una sensación de trabajar mucho con escasos resultados. Escasos sobre todo en dinero. (Cosas que tengo entre manos ahora mismo, y que por querer hacerlas bien, me exigen más tiempo del que pensaba: [compilar los relatos del libro] *Madres e hijas*, Smart [traducir la novela *By Grand Central Station I Sat Dovrn and Wept, En Grand Central Station me senté y lloré*], críticas de Bowles, Todo, Martínez Sarrión, Trapiello; propuestas de seminarios para universidades de verano, de una colección para la Fundación Ruipérez, del libro *Escribir para El País Aguilar*...).

Leer *El joc del mentider* [*El juego del mentiroso*, de Lluís M. Todo] me está poniendo de mal humor. Sensación de que me han robado mis temas: novela semiepistolar, evocación de Barcelona (Café de la Ópera incluido), islas griegas, homosexualidad, escritura... Cuánto nos cuesta siempre aceptar que no somos únicos, extraordinarios, excepcionales, irrepetibles... Por otra parte, intriga el porqué de semejantes coincidencias. Será que somos, más de lo que sabemos, síntoma de una época y un lugar. Captamos lo que está en el aire, sin darnos cuenta.

Esfuerzo de imparcialidad. No dejarme influir por los celos, ni, inversamente, por el deseo poco honorable de quedar bien con Anagrama [la editorial que publica la novela]. Sensación de poder, de responsabilidad, de incomodidad, cuando las galeradas están por el suelo en algún rincón, cuando me imagino al tal Todo royéndose las uñas (está muy nervioso, me dijo la jefa de prensa; Echevarría tenía que hacer la crítica, pero parece que el libro no le gustó). Cuando pienso en cómo se abalanzará a comprar *El País*: ese hilo mental entre dos personas, él y yo, que no nos conocemos de nada... Intento que no me influya una cosa que me ha puesto en guardia de su libro: la antipatía que me ha parecido percibir del autor, en tanto que homosexual, hacia las mujeres. Hace una caricatura muy despectiva de una profesora de Literatura; curiosamente, el peor defecto que le achaca es... ¡el de ser lesbiana (reprimida)!

(Más tarde). Veo que Todo hace crítica en *La Vanguardia*. Leo la solapa de su novela anterior (la tengo en galeradas) y descubro que es profesor en la Universidad Pompeu Fabra. Sorprendo en mí, cazo al vuelo, un sentimiento que me avergüenza: tiene cierto poder en lugares importantes para mi carrera; me conviene quedar bien con él...

Pero no: creo que, en definitiva (aunque no niego que todo lo otro me influya), lo que más pesa es la *sympathy* (que no es exactamente compasión ni simpatía; solidaridad sería mejor) con alguien que es (más o menos) de mi generación, mi ciudad, con una cultura parecida a la mía y que ha escrito una novela. Eso que decía Herralde [editor de Anagrama] y ante lo cual yo (me sonrojo al recordarlo), en tiempos, contenía la risa (desdeñosa) a duras penas: «Ante todo, respeto por la persona que ha escrito una novela». Sin olvidar –como le digo a Javier siempre que hablamos de esto– que el crítico tiene otra persona a quien respetar, por encima del autor y, por supuesto, del editor: el lector.

Ayer fui a ver a Trapiello a su casa. Está claro que no nos tenemos demasiada simpatía. No me quejo, es culpa mía: aquel día en que me traicionó mi vanidad, mis celos, aquella conferencia en la Biblioteca Nacional a la que yo le había invitado diciéndole que hablaría de su diario; no le vi en el público, y lo que dije sobre su diario fueron algunas frases sibilinas y desdeñosas, comparándolo con el artículo semanal de Gala. Mi inconsciente tiende trampas a la vanidad ajena para castigarla: una catarsis, que me recuerda (caramba, esta asociación se la tengo que contar a la psi) a aquella chica argentina, creo, hija de un militar, y militante de una organización de izquierda, que atrajo a su cama al padre, militar, de una amiga suya: era una emboscada; sus compañeros salieron del escondite y lo mataron. La psi me hizo observar, cuando le hablé de la vanidad de T., que el detonante había sido mi propia vanidad herida al no verle entre el público (... pero estaba). Sin embargo, su diario, del que me entregó el tercer volumen, me gusta mucho.

Vive en un precioso piso antiguo de Conde de Xiqueña, con ese olor de los pisos viejos. ¿De qué vendrá? Muebles antiguos, pero sin pretensiones; acogedor, decorado poco a poco, con veladores de mármol, con alcobas, con libros viejos, con una bonita vista sobre una calle intacta, de edificios de ladrillo con balcones, decimonónicos, muy madrileños, y al fondo la iglesia de Santa Bárbara, gris, con estatuas y palomas.

Su pequeña vanidad: hablando de los diarios de Martínez Sarrión me dijo que el libro (acaba de aparecer; al día siguiente pedí, y obtuve, la «reserva» de crítica para *El Urogallo*) «está muy bien, entre otras cosas porque me cita», y se fue a buscarlo para leerme la frase que lo citaba, o me-

por dicho, sólo la lista de autores que citaba: «... Machado, Juan Ramón Jiménez y mi humilde persona».

Luego, hablando de César A., me contó que sabía de buena tinta que había llegado un día a *Diario 16* ordenando que nunca más se reseñara un libro de Hiperión, porque había pasado delante de su librería (de Hiperión) y su libro (el de César) no estaba en el escaparate. Como el mismo Trapiello dice en su diario, hablando de algo que cuenta Baroja, es una calumnia tan burda que no puede ser sino una mixtificación del propio Baroja. Del propio Trapiello. Por cierto, que como hacen los famosos, a mí no me preguntó nada, ni siquiera cuando, casi intencionadamente, di pie a ello, por ejemplo cuando alabé su casa, tan bien decorada, tan vivida, y dije que la mía, en cambio, con esto de mudarse cada dos o tres años... Hablando de Extremadura, le comenté el previsto viaje en bicicleta, y no sé por qué, le precisé que no era con mi marido. «¿Con una amiga?», dijo él; ni siquiera era una pregunta; y dije: «No, con un amigo» (Olivier). Una de esas cosas que uno hace sin querer y sin saber muy bien por qué, y que con ciertos escritores me pasa con turbadora frecuencia. Tal vez fue una pequeña venganza por su falta de interés por mi humilde persona.

Su diario es realmente espléndido. Por cierto que, en más de una ocasión, él, describiendo un encuentro con alguien, se pregunta si esa persona, en ese mismo momento, estará relatando, en su propio diario, etc. Aprovecharé la crítica (que voy a hacer en *Tuna*) para hablar de eso y decir que T. imagina, «seguramente con razón...». Sólo para divertirme. Algún día quizás alguien podrá leer su relato y el mío del mismo encuentro, en nuestros diarios respectivos, publicados... Como dice Pía, *la qüestió és passar l'estona*^[2].

Hoy comí con *Edgar*. Una buena amistad, realmente, a pesar de que tengo mis reservas. Me dijo que no estaba tan seguro de «tener editor», o sea, de que le siga publicando la misma editorial, porque su última novela «no funcionó demasiado bien», según él porque «es un libro difícil». (Porque no tiene ningún interés, pensé yo). Como dice T. en su diario, la vanidad y la envidia las vemos siempre, y sólo, en los demás. En cambio, mi amistad con Margarita me avergüenza un poco: tanta admiración por su parte... La amistad con Olivier al principio tenía algo de eso también. Pero yo también admiro a Olivier, y nuestra amistad se ha ido haciendo más igualitaria a medida que él se ha ido afirmando.

Hablé con *Edgar* de qué haré cuando termine la novela. Por un momento vi –como si una pared de granito se resquebrajara– la posibilidad de no encontrar editor, y toda mi felicidad, mi serenidad, se resquebrajaron también, y por la grieta se abalanzó un mar de angustia. Como siempre, noto que la base secreta, el fundamento, de mi identidad, estriba en la certeza de que seré una verdadera escritora, una escritora... nada: sólo reconocida. Con lectores. Con nombre.

De todos modos, debo decir que cuando trabajo en la nueva novela me siento mucho más tranquila y segura que cuando empecé la anterior (empecé, y continué, y hasta hoy). *Isabel*, con quien comí el otro día, me obligó a reflexionar sobre ello. Me hablaba de un amigo suyo que escribe desde hace años cosas informes, impublicables; que lo ha dejado todo por escribir, y no sirve para escribir. Que ella misma ha dejado trabajos, novios, fines de semana, diversiones, por escribir; ¿y si luego resulta que...? Yo creía escucharme a mí misma, hace cinco años, cuando la gran crisis. Disfrutaba de mi propia serenidad al decirle, encogiéndome de hombros: son las reglas del juego. Es la

única manera. No se puede tener una vocación condicional, eso no lleva a ninguna parte... «¿Y esa actitud tuya, cómo se aprende?», me preguntaba ella. Y yo, sonriente: «Por el fracaso». Y le conté mi trayectoria. Mi travesía del desierto, que todavía no ha terminado. Y siempre pienso que lo peor no es cruzar el desierto, sino no estar seguro de que después estará la tierra prometida...

Volviendo a *Edgar*. Todo muy agradable hasta el final, cuando mencioné la cartita que me ha escrito en respuesta al prólogo [que escribí para mi antología *Madres e hijas*]. Me pregunto si hice bien en pedirle que lo leyera antes de publicarlo... Bueno, sí: así las críticas no me cogerán por sorpresa. Pero qué agresiva es la suya... Volvió a hablar de «fascismo», me dijo que se niega a «entrar en ese juego» del mismo modo, dijo, que Violeta Friedman se negó a que se publicara su artículo recordando su experiencia en Auschwitz al lado del de un historiador que decía que los campos eran mentira. Caramba con la comparación. La verdad es que su esquila me dolió, me hizo sentir otra vez esa incomodidad olvidada, de hace muchos años, cuando ser feminista me hacía sentir que yo tenía razón pero que no me atrevía a decir esas verdades por miedo al rechazo, al ataque. Me cita como ejemplo para imitar a algunas escritoras que no es que refuten la existencia de algo femenino en literatura, sino que se niegan a hablar siquiera del tema. Yo creo que, en realidad, su actitud (habría que encontrar una palabra para definirla) consiste en querer ser «tan buenas como un hombre»: no pueden soportar el hecho de ser mujeres (hasta el punto de no querer siquiera hablar de ello) por desdén e irritación hacia todo lo femenino. Ellas se lo pierden.

Cuánto me gustaría poder dedicarme, días enteros, sin pensar en otra cosa, a la nueva novela. Meterme, sumergirme, zambullirme en ella, vivir sólo en y para ella.

¿Por qué no lo hago? Ésas son las preguntas que el análisis obliga a hacerse, descartando las respuestas fáciles, un poco deshonestas, que uno encuentra fuera. Por ejemplo, el precio que pagar: es necesario saber que todo tiene un precio –y no se trata del dinero, como yo creía; o no sólo del dinero, sino de algo mucho más amplio: la renuncia—. Y la respuesta honesta puede ser o bien que me falta valentía, me falta coherencia, tengo miedo a mi deseo. Me lo dijo la psi un día, de paso: «Si no tuviera tanto miedo a su deseo...», y esto, que parece una banalidad, dicho por ella, y en el contexto en que lo dijo, se me quedó grabado; y lo he visto plasmado en el personaje de Emma [de *Último domingo en Londres*], siempre huyendo despavorida de lo que de veras desea, siempre haciendo justamente lo contrario... Como decía: o me falta valor, o bien esas otras cosas –los talleres, los artículos...– que hago como disculpándome ante mí misma por hacerlas, como si las hiciera sólo por el dinero, por publicar, por el prestigio o por tener una «existencia» de cara a los demás... las hago en realidad porque también las deseo, también me gustan. Lo cierto es que me dan energía: me veo apretando los puños, aprovechando el tiempo... Y bien sé que aunque en ambos casos sufro: sufro si no tengo nada más que hacer que escribir, sufro si no tengo tiempo para escribir... Iba a decir que el segundo sufrimiento es menor, pero no es cierto: recuerdo la tristeza de los sábados, cuando trabajaba en Grijalbo y vivíamos en Passeig Sant Gervasi: cansada tras una semana de hacer cosas que no me importaban realmente, que no me satisfacían íntimamente... No; es una cuestión de dosis, de proporción, de equilibrio. Pero sigo sin encontrar el equilibrio justo, y eso me exaspera.

Basta por hoy. Estaba un poco inquieta y escribir, de un tirón, estas páginas, me ha sentado bien.

LUNES 6 DE FEBRERO

Me encanta la calle Valverde. La veo al pasar, desde la calle Colón, en pendiente suave, con todas sus casas de estos colores madrileños –ocres amarillos, ocres rojizos, con los dinteles de los balcones blancos–, en la leve bruma de la mañana, y al fondo, el pesado, mastodóntico rascacielos de los años veinte de Telefónica, difuminado en el aire turbio de la ciudad. Lo miro desde la sombra fresca de este barrio un poco campesino, con su ferretería, su carbonería, su iglesia con campanas. Y pienso que a alguien que venga por unos días (Mempo, Conchita si viene) no le podré hacer apreciar estas cosas. Porque no son estampas, postales; son momentos: del aire fresco, de la sombra y más lejos el sol, de la bruma, de las campanas, surge una emoción.

Fin de semana en la hostería El Convento, de Santa María de Mave (Palencia). Campo, campo, algunas aldeas de diez o doce casas, diminutas y perfectas iglesias románicas, llanuras, tierra cultivada, de un sorprendente ocre-verde claro, el río Pisuerga por todas partes, peñas, silencio, y un par de paseos en bicicleta gloriosos.

El domingo por la mañana al despertarme me fui a meter en la cama de E. Wendy ya estaba despierta y gateaba por la habitación. Vino hasta nuestra cama, a cuatro patas, y se incorporó sobre las rodillas. La cabeza le llegaba apenas a la altura de la cama y nos miraba radiante, con una sonrisita entusiasta, el pelo luminoso por un rayo de sol que entraba por el ventanuco. Era como si el cariño que E. y yo nos tenemos se hubiera encarnado, personificado, y gateara por la habitación, balbuceando.